

“del paraíso, y el árbol de la ciencia del bien y del mal..... Tomó pues el Señor Dios “al hombre, y púsole en el paraíso del deleite, para que le labrase y guardase.

2. Ved aquí, amados hijos, el palacio del Rei de la creación. No nacian aun las artes, hijas de esas necesidades inmensas no diré de la civilización, sino de la decadencia moral de la humanidad: era el imperio de la naturaleza, y todo debía tener este carácter. Sin duda alguna que no residió aquel soberano como los reyes del mundo encerrado en muros de piedra pulida por el arte, y bajo artesones dorados; mas tenía un rico palacio concebido en la mente y construido por la mano de Dios, un palacio que, respecto del resto de la tierra, era proporcionalmente lo mismo que el cuerpo del hombre comparativamente con los otros; tipo de perfección en su línea y epílogo de todo el universo: porque así como en el cuerpo humano hai de todo lo que tiene el mundo físico, así tambien en el paraíso habia de todas las producciones de la naturaleza, pues en él puso su Divino Autor cuanto era hermoso á la vista y suave al paladar, y de él se repartian las aguas que iban á llevar la fecundidad á todas partes. Nada mas significativo, para representar la incomparable magnificencia y la supremacía de aquella primera habitación del hombre, como la energía de la palabra que la designa: *Paraíso de deleite*; y esto es tan cierto, que ha quedado ella con un carácter monumental en todas las lenguas, para significar lo que hai de mas bello y delicioso: estas producciones agradables al gusto proveian al sustento, y aquel árbol de la vida estaba destinado á perpetuar la juventud.

3. Véis pues al Rei de la naturaleza en su trono, abarcándola toda en su pensamiento, dominándola toda con su albedrío, explicándola toda con su palabra, poseyéndola toda en su residencia, disfrutando de toda, sin que los gozes naturales pusiesen obstáculos al amor divino de su corazón, ni perturbasen el íntimo comercio en que se hallaba con su Dios. Pero, al mismo tiempo que el Señor le acababa de poner en posesión de tanta riqueza, y otorgar un ilimitado permiso para que gozase de todo, y para comer el fruto de todos los árboles del Paraíso, añadió: “Mas del árbol de la ciencia “del bien y del mal no comas: porque en cualquier día que comieres de él, morirás: *De ligno autem scientie boni et mali ne comedas: in quocumque enim die comederis ex eo, morte morieris.*

4. ¡Dichoso Adán, hijos míos, y venturosa la humanidad entera, si fiel á este precepto con que Dios quiso manifestar su dominio sobre el hombre, y condicionar el goce perpetuo de cuantos inmensos bienes le habia concedido, le hubiese guardado inviolablemente! Pero sucedió de otra manera: tras el cuadro de placer y ventura que os acabo de representar, estaba en acecho el demonio, zeloso de un bien que habia perdido, para envenenar aquella fuente de delicias y asociar al hombre á su desgracia inmensa. Tentó la debilidad de la muger, y con la debilidad de la muger la condescendencia del hombre: hizoles comer de la fruta prohibida, y un momento bastó para que todo aquel cuadro de felicidad y ventura se desvaneciese. Pecó el primer hombre, contaminó toda su naturaleza, engendró en esta naturaleza contaminada á sus descendientes, y la humanidad corrió desde allí por todos los años y los siglos, no como una fuente cristalina que lleva sus aguas á todas partes exentas de toda mezcla, sino como una corriente té-

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMATERCIA INSTRUCCION.

SOBRE EL PECADO ORIGINAL CONSIDERADO EN SU CARACTER, EN SUS TRASCENDENCIAS Y EN SUS EFECTOS.—NECESIDAD DE UN DIOS SALVADOR.

De ligno autem scientie boni et mali ne comedas: in quocumque enim die comederis ex eo, morte morieris.

Mas del árbol de ciencia de bien y de mal no comas porque en cualquier día que comieres de él, infaliblemente morirás.
Génés. cap. II, v. 17.

1. No contentó el Señor, hijos carísimos, con haber creado al hombre á su imágen y semejanza, dándole un cuerpo el mas perfecto de todos, infundiéndole una alma racional, por la cual pudiese conocer y dominar todas las cosas, instituídole en socienad doméstica, sacando á la muger de una de sus costillas, dándosela por compañera y echando sobre ambos su bendición, puesto bajo su dominio todas las cosas de la tierra para que se sirviese de ellas, y añadido á las cualidades propias de una naturaleza excelente las dotes gratuitas y elevadas de su gracia, la ciencia infusa, el discernimiento del corazón, la justicia y la santidad, y queriendo explicar su amor hasta en las cosas mas menudas, descendió al órden material, dando á nuestros primeros padres una habitación dispuesta por él mismo. “Había plantado el Señor Dios, dice el Génesis en los versículos 8 y “siguientes hasta el 15, del capítulo II, un paraíso de deleites desde el principio: en él “que puso al hombre que habia formado. Y el Señor Dios produjo de la tierra todo “árbol hermoso á la vista y suave para comer: el árbol tambien de la vida en medio

tida que señala su tránsito con la contaminación, y mancha, y altera, y envenena cuanto toca. Hé aquí el pecado original: pecado, por ser ofensa de Dios ó infracción de su lei; original, por haber sido cometido por el primer hombre, y por ser al mismo tiempo el funesto progenitor de todos los otros pecados. El pecado original, hijos míos, es un hecho consignado en la primera página de la historia; es un dogma comprendido en la doctrina revelada, que liga la creencia; es una verdad que, aun sin la historia y la revelación, necesaria de suplirse ó suponerse por la ciencia para explicar el mundo moral. Sin embargo, no es mi ánimo ni de mi propósito dar tal amplitud á la materia: porque, dirigiendo mis actuales instrucciones á explicar los dogmas de la fe católica, no debo considerar el pecado original sino solo bajo su carácter dogmático, como un punto de la doctrina de la fe.

5. Esta comprende al pecado original bajo tres principales aspectos: primero como un hecho histórico referido en las Sagradas Letras; segundo como un mal hereditario y trascendental por lo mismo á toda la humanidad; tercero como la causa única de todos los males y miserias que han afligido hasta aquí, afligen hoy y afligirán siempre á los hombres. Bajo estos tres puntos de vista voy por lo mismo á considerar el pecado original, explicándoos en primer lugar los principios morales de que debe partirse para formar el debido concepto de su malicia; refiriendo en segundo el hecho con todas sus circunstancias; y deduciendo, por último, las consecuencias dogmáticas y morales de tal acontecimiento.

I.

6. Habéis visto ya, hijos míos, que Dios crió al hombre inteligente y libre, lo cual importa sin duda una diferencia inmensa entre él y todos los seres del universo físico. Estos, como carecen de razón, y por lo mismo de inteligencia, voluntad y libertad, son incapaces de conocer, de querer y de elegir: luego el orden y economía con que habían de conservarse todos y cumplir el destino propio de su creación, es independiente de ellos, y en consecuencia un resultado preciso de la voluntad del Creador: pues no teniendo conocimiento, no siendo capaces de querer ó no querer, dependen de tal suerte de su causa, que por una necesidad y precisión absolutas han de hacer indispensablemente lo que Dios quiera. Dotóles pues el Señor de todos los elementos necesarios para su objeto: imprimióles el primer movimiento, y con solo esto han sido, son y serán siempre todo lo que Dios nuestro Señor quiso.

7. Mas el hombre no es así: el hombre piensa; el hombre conoce; el hombre quiere ó no quiere, aborrece ó ama; el hombre obra ó deja de obrar, según le place; compara los objetos, y les califica, y elige unos desechando otros; puede decidirse por lo bueno en concurso de lo malo, y viceversa. Ahora bien: como Dios lo ha creado todo conforme á los designios de su sabiduría, y éstos tienden constantemente á conservar en todo y por todo el orden eterno, quiso que los hombres pensasen, hablasen y obrasen en todo conforme á este soberano designio, y hubiese entre ellos aquel orden y armonía que demandan para su perfección relativa todos los atributos constitutivos de la humanidad.

8. ¿Cómo establecer y conservar el orden entre hombres, es decir, entre seres inteligentes y libres, supuesto que por su libertad pueden obrar ó no obrar, obrar el bien ó el mal, representar en su conducta, ya el orden ya el desorden? Por medio de la Lei. Hé aquí por qué, cuando el hombre vino al mundo, encontró ya establecida la Lei, es decir: descubrió en sí mismo con su inteligencia el tipo de este orden, la regla de este orden, la voluntad manifiesta de que se guardase este orden; y en consecuencia, nunca estuvo la humanidad sin lei. ¿Qué lei es esta? La Lei eterna de Dios, hijos míos, es decir: su voluntad para el bien y contra el mal, para el orden y contra el desorden. Es la Lei divina: "la razón divina ó voluntad de Dios, que manda se conserve y prohíbe se perturbe el orden natural." Como este orden, hijos míos, es conocido, querido y amado de Dios desde la eternidad, su Lei es eterna, y nunca por lo mismo ha dejado de existir. Como este orden abraza todos los seres criados, cada género de ellos, y en consecuencia el hombre, tiene su parte en esta Lei divina: los seres físicos están sujetos á esas reglas invariables que necesariamente siguen, y constituyen lo que se llama leyes físicas: el hombre tiene su lei, dirigida nada ménos que á cumplir su destino sobre la tierra y alcanzar su fin último en el cielo. Su destino en la tierra sigue naturalmente á todas sus relaciones, y en consecuencia la Lei de Dios abraza con sus preceptos el conjunto de estas relaciones mismas. ¿Cuáles y cuántas son? En primer lugar, las que hai entre Dios y los hombres, como Creador, Legislador supremo y último fin de ellos, y fundan, como ya os dije, la religión y la moral: en segundo lugar, las que hai entre todos los elementos constitutivos del ser humano, entre la alma y el cuerpo, entre el entendimiento, la voluntad y la libertad, las cuales fundan los deberes que tenemos para con nosotros mismos: en tercer lugar, las que tiene cada uno con los otros en la vasta escala de los prójimos, y estas fundan las obligaciones, ya individuales ya sociales, que nos impone la divina Lei relativamente á nuestros semejantes. Pues bien, hijos míos: esta Lei estaba ya dictada por Dios cuando crió al hombre; pues pertenece al orden eterno, y la misma razón humana basta para descubrirla. Cuando la Santa Escritura nos dice que Dios crió al hombre recto, bastante nos da á entender que le crió con el pleno conocimiento, el amor y la práctica de su divina Lei. Esta Lei divina relativamente á los hombres, ha tenido tres épocas, las cuales han dado lugar á que se designe con tres diferentes nombres: la primera de ellas abraza las tres primeras edades del mundo, es decir, la comprendida entre la Creación y el Diluvio; la que corre desde el Diluvio hasta la vocación de Abraham, y la que se mide por el tiempo trascurrido desde la vocación de Abraham hasta Moisés; y durante todo este tiempo se llamó *Lei natural*. En tiempo de Moisés le dió el Señor á este caudillo de su pueblo su Divina Lei escrita en dos tablas de piedra; y como esta escritura fué el código que gobernó al pueblo escogido desde Moisés hasta Jesucristo, por esto la Lei de Dios en esta época se conoce y designa con el nombre de *Lei escrita*. Finalmente, cuando vino Jesucristo Señor nuestro á la tierra, dió á la divina Lei la mas plena consumación, la explicó superabundantemente y la dejó toda en su Evangelio, para que fuese predicada y explicada por su Iglesia; y como esta Lei se refiere totalmente á la misión divina de Jesucristo, y esta misión fué toda de gracia, la Lei divina se llamó desde entonces *Lei de gracia*,

por la razon expuesta; *Lei cristiana*, por Jesucristo que la promulgó; *Lei evangélica*, porque su código es el Evangelio, y tambien *Lei nueva* para distinguirla de la Lei antigua, y por ser la última promulgada en la plenitud de los tiempos.

9. El cumplimiento de la Lei divina, hijos míos, une al hombre con Dios, conserva el orden y asegura la felicidad: y por una razon contraria, la desobediencia, infraccion ó quebrantamiento de la Lei divina separa de Dios al hombre, produce el desorden, priva de la felicidad y acarrea la desgracia. Los efectos ya del cumplimiento ya del quebranto de la Lei, guardan la mas exacta proporcion con la Lei misma, y en consecuencia, la union entre Dios y el hombre cuando la Lei se cumple es íntima, estrecha: no hai, digámoslo así, un punto que separe á estos dos seres. Luego la separacion es absoluta, inmensa y en cierto modo infinita, cuando la Lei se quebranta. El orden producido por el cumplimiento de la Lei es perfecto, es constante y perpetuo mientras ella se cumple: luego el desorden causado por su infraccion es absoluto, universal, constante y perpetuo, mientras una fuerza superior no hace cesar la causa y neutraliza sus efectos: el bien que asegura el cumplimiento de la Lei es la posesion de Dios, y en consecuencia la perfecta y eterna felicidad: luego el mal que causa la desobediencia de la Lei, es la pérdida completa de Dios, y en consecuencia la total y eterna desgracia. Ahora bien: la infraccion de la Lei en general se llama *pecado*: porque pecado en general es "cualquier pensamiento, palabra ó obra contra la Lei de Dios." Esta infraccion puede ser tan ligera que no destruya la union del hombre con Dios, ó puede ser grave y capaz de destruirla. Esto ha hecho distinguir al pecado, por razon de sus efectos inmediatos, en *venial* y *mortal*. Si el pensamiento, la palabra ó la obra son leves, constituyen un pecado venial; mas en el caso de ser graves producen un pecado mortal, llamado así porque da la muerte al alma, privándola de todos los bienes y precipitándola en todos los males. Por esto nuestro manual catecismo, preguntando: *¿Qué daños hace en el alma el pecado mortal?*, responde: *Quitale la caridad, y á Dios que es vida suya, la gracia y la gloria, y condénala al infierno.*

10. A la luz de estos principios, hijos míos, volvamos al Paraíso para contemplar aquella escena terrible donde se representa el finestísimo cuadro de la ruina de toda la humanidad, causada por el pecado de nuestros primeros padres. Hallábase éstos, como acabo de decirlos, sujetos á la Lei eterna de Dios, depositada en sus almas, conocida de su entendimiento, amada de su voluntad, observada en su conducta, y por lo mismo ellos estaban íntimamente unidos con su Dios, representaban el orden eterno y poseían una felicidad inefable. Habíales impuesto el Señor un precepto especialísimo de no comer absolutamente del árbol de la ciencia del bien y del mal, y sancionado este precepto con la amenaza de la muerte: Dióle tambien, dice el Génesis (II, 17) este precepto: *Del árbol del bien y del mal no comas; porque en cualquier día que comieres de él, infaliblemente morirás.* Deteneos un momento, hijos míos, á considerar los caracteres de este precepto. Es divino, pues que Dios le impuso: es absoluto, pues no le fijó condicion de ningun género; es constante y perpetuo, pues como negativo siempre obliga; es gravísimo, pues que está sancionado con la pena de muerte. Este precepto, además, ejercitaba las tres virtudes divinas: la fe, porque se trataba del árbol de la ciencia del

bien y del mal, la cual provocaba la razon, que naturalmente busca la ciencia, y ameritaba su sacrificio: la esperanza, porque su cumplimiento importaba para el hombre nada ménos que su conservacion en aquel estado de felicidad: el santo temor de Dios, porque llevaba consigo la terrible sancion que acabáis de ver y bastaba ella para traer á nuestros primeros padres de quebrantarla; la caridad, por último, así porque cumpliendo el precepto se conservaba la perfecta union del hombre con Dios, como porque la vida moral de esta divina virtud consiste precisamente en cumplir la Lei del Señor; pues aquel tiene mayor caridad que mejor guarda los mandamientos, como lo enseña nuestro catecismo, y á Dios ha de amarse, no con la lengua y con la palabra, sino con las obras y la verdad, como lo enseña el apóstol San Juan: *Non diligamus verbo neque lingua, sed opere et veritate.* Todo pues, hijos míos, quedó pendiente de aquel precepto especialísimo y solemne, con que quiso Dios probar la felicidad del hombre: la gracia, la caridad, la gloria, la felicidad, en suma; pues todo esto habia de conservarse obedeciéndole, y todo esto habia de perderse quebrantándole.

II.

11. ¡Ojalá, hijos míos, no me fuese necesario pasar de aquí! ¡ojalá tuviese que mencionar este precepto como un hecho histórico y como una lei cumplida! Mas ¡ah! el hombre cortó con su propia mano el vínculo estrechísimo que le unia con su Dios, conculcando aquel precepto divino; dió un paso, y se sorprendió hundido en las tinieblas, sentado en las sombras de la muerte. Ved aquí la triste y deplorable escena de nuestra primitiva desgracia, el fatal origen de todas las tinieblas que circundan á la razon, de todos los vicios que degradan al hombre, de todas las calamidades y miserias que persiguen á la humanidad: ved aquí al ángel tentador asaltar la inocencia que habitaba en aquel paraíso de delicias, y luchar pecho á pecho con la humanidad pura para precipitarla de tan elevado rango á lo mas profundo de los abismos. Elige la figura del animal mas astuto de cuantos habia hecho el Señor Dios sobre la tierra, y en esta figura se presenta á la mujer y le dice: "¿Por qué motivo os ha mandado Dios que no comieseis de todos los árboles del Paraíso?"—A lo cual respondió la mujer: "Del fruto de los árboles que hai en el Paraíso, sí comemos; mas del fruto de aquel árbol que es "tá en medio del Paraíso, mandónos Dios que no comiésemos, ni le tocásemos, para que "no muramos." Dijo entonces la serpiente á la mujer: "ciertamente que no moriréis." "Sabe empero Dios que en cualquier tiempo que comiereis de él, se abrirán vuestros "ojos y seréis como Dioses, conocedores del bien y del mal." Vió pues la mujer que el "fruto de aquel árbol era bueno para comer, y bello á los ojos, y de aspecto deleitable; "y cogió el fruto, y comiólo; dió tambien de él á su marido, el cual comió. Luego "se les abrieron á entrambos los ojos: y como echasen de ver que estaban desnudos, "cosieron unas hojas de higuera, y se hicieron unos delantales." ¹

13. Hé aquí á nuestros primeros padres, seducidos por la serpiente, consumando el

1. Génes. Cap. III, v. 1 y siguientes.

pecado que ella les sugirió. Detengámonos ahora á contemplar el doble cuadro del hombre ántes y despues del pecado. En ámbas épocas este cuadro presenta los mismos objetos: presenta al hombre entre Dios y el demonio al frente del universo. Mas en la primera el hombre estaba bajo la mano de Dios, sobre el poder del demonio y como rei del universo. En su alma estaba la imágen de Dios: su entendimiento era el reflejo de su luz, su voluntad el asiento de su amor, su vida la expresion de su bondad, su carrera una marcha para el cielo. Servíase de sus sentidos sin sospechar siquiera que podrían llegarle un día á ser adversos; servíase de sus potencias sin imaginar que podrían ser, ó oscurecidas por la ignorancia y el error, ó degradadas por las pasiones y sojuzgadas por los vicios. Colocado en un jardín de delicias bajo la frescura, lozanía y belleza de los árboles vírgenes, de una tierra nueva regada por limpias y puras fuentes, respirando un aire suave y grato al mismo tiempo, teniendo por palacio el universo, por pavimento la tierra toda, y por cubierta la brillantísima y esmaltada tersura del cielo, vivía sin inquietud y sin zozobra; no nacían todavía en su alma ni las ideas de la desazon, ni las impresiones del dolor, ni sentimiento alguno de cuantos hoy sítan, acechan, persiguen, atormentan y matan al corazón. Aquel privilegiado rej lo conocía todo, sin necesitar de esta ciencia penosa que rinde los esfuerzos de la humanidad entera por conquistar algo de lo mucho que enriquecía el entendimiento de sus progenitores. Aquellos felices habitantes en su primer estado tenían en tal concierto sus facultades todas, que ni aun llegaron á sentir la idea de lo que es una lucha interior, un combate moral de estos que inician la guerra del individuo y acaban por destruir á la sociedad.

14. ¡Qué cuadro! ¡qué perspectiva tan dulces y tan grata! ¡qué porvenir tan lleno de encantos! ¡qué destino tan glorioso! Pero ¡ah! sucedió de otra suerte; y el hombre, con haber comido el fatal fruto, codicioso de esa ciencia funesta que alumbraba todas las manchas, todas las vergüenzas, todos los crímenes de la humanidad, perdió aquella divina que alumbraba el santuario de Dios en un corazón puro, y difundía los Donces de su Espíritu en un entendimiento sin mancha. Pero no nos adelantemos al sagrado texto: veamos cómo el hombre cambia de naturaleza, de destino; veamos cómo ese cuadro se transforma sin variar de personajes, cómo el hombre queda ya bajo el poder del demonio, en guerra consigo mismo y con la naturaleza, y enemigo de su Criador.

15. “Habló Dios al hombre despues de su pecado, y el hombre, al escuchar esta voz, se esconde con su mujer entre los árboles del Paraiso, para sustraerse á la vista de Dios. Entónces el Señor Dios llamó á Adán, y díjole: “¿Dónde estás?”—El cual respondió: “He oído tu voz en el Paraiso; y he temido, porque estoy desnudo; y así me he escondido.”—Replíóle: “¿Pues quién te ha hecho advertir que estás desnudo, sino el haber comido del fruto de que yo te había vedado que comieses?”—Respondió Adán: “La mujer que tú me diste por compañera, me ha dado del fruto de aquel árbol, y le he comido.”—Y dijo el Señor Dios á la mujer: “¿Por qué has hecho tú esto?” La cual respondió: “La serpiente me ha engañado, y he comido.” Dijo asimismo á la mujer: “Multiplicaré tus trabajos en tus preñeces: con dolor parirás los hijos, y estarás bajo la potestad de tu marido, y él te dominará.”—Y á Adán le dijo: “Por cuanto has escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol de que te mandé no no-

“mieses, maldita sea la tierra por tu causa: con grandes fatigas sacarás de ella el alimento en todo el discurso de tu vida.”

16. “Este diálogo solemne entre Dios y el hombre, este primer juicio de la humanidad delinuyente manifiesta por sí la miserable y espantosa trasformación que sufrió en consecuencia del pecado. Estudiemos mas profundamente el sagrado texto que acaba de leerse, y no necesitémos de otra cosa para conocer la naturaleza humana en su estado de generacion.

17. “A la voz de Dios el hombre se esconde, y su primera confesion es la de la vergüenza de que se siente cubierto á la vista de su desnudez. El hombre sentía ya los efectos de su pecado, sin acertarles á comprender; y la primera revelacion que Dios le hizo fué, que desde que pecó tuvieron malicia sus ojos, malicia su corazón. Este fué el primer síntoma de la muerte moral del hombre, la vergüenza de que se cubre viéndose desnudo á la presencia de su Criador. Esta vergüenza entraña todo el mal moral, todos los dolores internos de que habia de ser presa el alma en pecado.

18. “Oyó el Señor las excusas de Adán y de su compañera, y convencidos ya de pecado, pronuncia sobre ellos la sentencia que habia de pasar con las generaciones hasta la consumacion de los siglos: “Yo multiplicaré, díjo á la mujer, tus trabajos y (miserias) en tus preñeces: con dolor parirás los hijos y estarás bajo la potestad (ó mando) de tu marido, y él te dominará.” El sexo de Eva cambió de rumbo en su destino. Se habia de fecundar entre las delicias de la inocencia y la vida de la felicidad; mas en adelante esta fecundidad será trabajosa y miserable: la mujer concebirá con pena y parirá con dolor. Criada en beneficio del primer hombre y de su propia sustancia y para su compañera y ayuda, destinada estaba á vivir con su marido en ese concierto inalterable consiguiente á un principio puro y á un destino dichoso. Habian de ser en la mente de su Criador dos ángeles en la tierra, dos creaturas privilegiadas; y el sexo débil no tuvo en su principio esta triste dependencia, que solo en consecuencia del pecado ha venido á ser una necesidad de la lei y un elemento preciso para la perfeccion de la sociedad. La mujer quedó pues en un grado inferior con una entera sujecion á su marido, de quien se dijo que la dominaría. ¡Dichosa ella si el hombre no se perversa, si no se oscurece su razon, si no se deprava su voluntad, si ejerce sobre su consorte un dominio de benevolencia y de amor! ¡Dichosa ella si en el curso de una vida regular, aunque laboriosa, no siente esta potestad sino como la regla que la dirige, la fuerza que la sostiene! Pero ¡ah! el hombre abusará de esta dominacion, y la mujer será la presa degenerada de sus apetitos brutales, será la víctima de sus pasiones enfurecidas, será la esclava de su dureza y de su ferocidad: irán pasando los siglos, y las generaciones acrecentando su corriente inica y haciendo subir con la multiplicidad de sus crímenes, la muchedumbre de penas y dolores de la propia mujer. Estará ella por cuarenta siglos en espera de una doble resurreccion moral y social, en espera de esta Lei de plenitud y de amor, que sin privarla de una justa dependencia, la restituya su rango, su dignidad, y los preciosos derechos que la comunique sobre su marido el Redentor del genero humano.

19. Observemos ahora cómo esta maldicion de la mujer trasciende al hombre por

necesidad, y el género humano tendrá que afectarse, por lei de origen y de crianza, de los trabajos, penalidades, miserias y dolores de aquella que le dió á luz y que le alimentó con su pecho; mientras que este antecedente amargo, este origen doloroso, será el prelude, como dice Job, de una vida corta y miserable.

20. "Veamos ahora el destino á que quedó condenado el hombre á causa de su pecado. "Maldita sea la tierra por tu causa, le dijo Dios: con grandes fatigas sacarás de ella el alimento en todo el discurso de tu vida." El hombre pues fué ya desde entonces, no el morador de un paraíso delicioso, sino el habitante pasajero de una tierra maldita. El ántes rei de todas las creaturas irracionales, el ántes árbitro del universo visible, siente caer el cetro de sus manos y trocarse su soberanía, desde el instante mismo en que escucha la voz de Dios, en una pugna constante de todos los elementos, en una resistencia de la tierra misma para alimentarle y vestirle, en una rebeldía de los animales indómitos, que le persiguen y dañan en vez de obedecerle. Resumiendo lo que llevo dicho, veis cómo el hombre, despues del pecado, sufrió una triple degradación en su naturaleza: degradación física que hizo á su cuerpo esclavo del dolor y presa de la muerte; degradación intelectual, que dejó caer las mas espesas tinieblas sobre la razon humana; degradación moral, que pervirtiendo la libertad, avasalló la voluntad á los sentidos; degradación universal, absoluta, completa.

21. "Pero no es esto todo: el hombre con esta triple degradación tenia tambien una triple dependencia del demonio, que le aprisionaba su entendimiento con el error, su voluntad con las pasiones y su cuerpo mismo con los engañosos y mortales placeres.

22. "A medida que esta dependencia se aumenta, va retirándose mas la semejanza del hombre con su Dios y la posibilidad de conocerle, de amarle, de reconciliarse con él, de reconquistar un poder contra la tribulación, y sobre todo, contra el vasallaje del demonio.

23. ¡Qué será pues de la humanidad en este estado? ¡Qué prelude formar sobre su futuro destino? ¡Qué asiento tomará su alma cuando, desprendida del cuerpo, deje las riberas del tiempo para incorporarse en el seno de la eternidad? ¡Ah! es reo de muerte eterna: su vida temporal se emponzoña con el crimen; su inmortalidad será presa de un castigo sin fin. En suma, el hombre nace en el seno del dolor, vive en la tribulación, habita una tierra maldita, todo conspira contra él en el universo, camina sin cesar al sepulcro, y emancipado del cielo y esclavo del demonio, no tiene otra perspectiva mas allá de la muerte, que una eternidad desgraciada." ¹

III.

24. Tal es, hijos míos, el hecho con todas sus circunstancias, como le vemos referido en el Libro del Génesis. Este hecho, como su mismo nombre lo indica, es en primer lugar una verdad histórica; mas como esta verdad histórica forma parte de la revelación divina, y muestra el segundo estado de la humanidad, y explica la causa de su

¹ Esto lo he tomado casi literalmente de mi obra intitulada: *Exposición de la Doctrina católica sobre los dogmas de la religión*. Libro VI, Art. 1.º Cap. 1.º

degradación, y funda la necesidad de un Redentor para salvarse, es al mismo tiempo un dogma de la fe católica. Juzgado el hecho por los principios que os expliqué ya en la primera parte de esta instrucción, aparece como un pecado gravísimo, esencialmente mortal, que rompe del todo la unión del hombre con su Dios, destruye la gracia en el alma, priva de la gloria y la condena á padecer en las eternas llamas del infierno. Véamos ahora las consecuencias dogmáticas rectamente inferidas del hecho y enseñadas por la Iglesia católica. Llámansese *consecuencias*, porque se inferen, se deducen y salen naturalmente del mismo hecho; y dícense *dogmáticas*, por ser un dogma el hecho que implícitamente las contiene, y porque ligan en tal virtud nuestra creencia. Estas consecuencias miran: primero, al carácter esencialmente trascendental de aquella primera culpa; segundo, á los efectos causados por ella en la carrera moral de todos los hombres, y por último, á la impotencia total y absoluta de la humanidad para volver á unirse con Dios y salvarse de la pena eterna, sin un Dios Salvador, es decir, sin que Dios por sí mismo la salvase.

25. He dicho que la primera consecuencia dogmática del pecado original es la de que trasciende con el reato y la pena á toda la humanidad. Por esto nuestro manual catecismo, enumerando y refiriendo las diversas especies que hai de pecados, coloca á este primero que todos: *¿Cuántas maneras hai de pecados?—Tres: original, venial y mortal.* Por esto igualmente, y para que no se llegase á entender que el llamarse *original* era solo por haber sido el primer pecado, sino principalmente porque, siendo cometido por aquellos de quienes han venido todos los hombres, habia pasado á éstos con sus ligaduras morales, le define como un mal hereditario que se propaga en toda la humanidad: *¿Qué cosa es pecado original?* pregunta en seguida, y luego responde: *Aquel con que nacemos, heredados de nuestros primeros padres.*

26. Es pues pecado original por su carácter de trascendencia desde el primer hombre, donde tuvo su origen, á cuantos de aquel han venido. En efecto, amados hijos: considerad á los padres del género humano tal como quedaron en consecuencia de aquella horrible trasgresión de la Lei divina; reflexionad que tan miserable estado fué obra exclusivamente suya, y no de Dios que les habia criado en gracia, y luego comprenderéis cómo, sin perjuicio de la bondad suma de Dios, transmitieron esta culpa, ó para mejor decir, este estado y sus consecuencias á toda su posteridad. *¿No fueron ellos, decidme, la causa de los demas hombres? ¿No vino de ellos toda la especie humana? Antes de Adán, nos dice el Génesis, que no habia en la tierra hombre ninguno que la cultivase: creado Adán estaba solo, es decir: no habia en el mundo otro semejante á él; por lo cual sacó de su mismo cuerpo Dios á la mujer, y se la dió por compañera para que no estuviese solo, como una ayuda semejante á él y á fin de que fuesen los padres de todos los hombres. Ahora bien: si Adán y Eva fueron los padres de todos los hombres, ¿podrían éstos ser una cosa diferente y aun contraria de su causa? ¿una causa contaminada producirá un efecto limpio y puro? ¿una creatura destituida de gracia, despojada de todos bienes, engendrará hijos en gracia y dotados con tales tesoros? No por cierto, hermanos carísimos: luego el pecado original pasó de sus autores á toda su posteridad, y con él habian de nacer todos los hombres. Mas, haciendo á un lado estos argumentos de sim-*

ple razon, vengamos á los de autoridad, que á todos deben preferirse, porque se trata de una consecuencia dogmática. “¿Quién puede convertir, decía Job, (XIV, 4) en limpio lo inmundo, concebido de un gérmen inmundo?” *¿Quis potest facere mundum de immundo conceptum semine?* El Profeta Rei, considerando el origen de su pecado en medio de aquel dolor profundo que desahoga con tanta sublimidad como ternura en su salmo quincuagésimo, no duda explicar, como una herencia, recibida con el mismo ser en la generacion, está lepra maldita: “Yo fui concebido en la iniquidad, exclama: mi madre me ha concebido en pecado.” El apóstol San Pablo enseñó esto mismo diciendo: “A sí como por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, así también pasó la muerte á todos los hombres por aquel en quien todos pecaron.” Esta es la doctrina que la Iglesia nuestra Madre nos enseña y defiende con su autoridad, condenando como una herejía cualquiera proposicion que la contradiga. En el Cánón segundo de la sesion quinta del Santo Concilio Tridentino, dice: “Si alguno afirma que el pecado de Adán le dañó á él solo, y no á su descendencia; y que la santidad que recibió de Dios, y la justicia que perdió, la perdió para sí solo, y no también para nosotros; ó que inficionado él mismo con la culpa de su inobediencia, solo traspasó la muerte y penas corporales á todo el género humano, pero no el pecado, que es la muerte del alma, sea excomulgado.”

27. La segunda consecuencia dogmática del pecado original es, hijos míos, que á él han de atribuirse, y no á otra cosa, la degradacion de nuestra naturaleza, los efectos consiguientes á esta degradacion y todas las calamidades y miserias que pesan sobre la humanidad. Coloco esta consecuencia en el segundo lugar, porque se infiere igualmente del hecho que es el principio comun, y de su consecuencia primera, que viene á ser la causa inmediata de la segunda. De facto, si Adán y Eva murieron, y sin embargo todos los hombres reportan aquella carga de miserias que atrajeron ellos sobre sí por el pecado, esto sucede precisamente porque su pecado pasó á nosotros, que como herederos de la causa, lo somos indispensablemente del efecto. Allí pues, donde está el pecado mortal están sus efectos necesarios. ¿Cuáles son estos? Un rompimiento absoluto con Dios en primer lugar; una pérdida total de la gracia, en segundo; una destitucion completa de los derechos á la gloria, en tercero; y una condenacion á eterno suplicio por último. Luego todo esto viene del pecado original y no de otra parte, y viene, hijos míos, ya por vía de consecuencia, ya por vía de castigo.

28. ¿Qué bienes disfrutaba el hombre durante su primitivo estado de inocencia? Ya les habéis visto: los de una naturaleza perfecta y los de una gracia liberalísima: luego si unos y otros se habian otorgado al estado y prometido á la conservacion de la inocencia, unos y otros debian forzosamente desaparecer en consecuencia de la culpa; porque á causas opuestas corresponden efectos contrarios. ¿Pero cómo es, me diréis, que subsistiendo la naturaleza humana, hubiese perdido el hombre por su culpa los dones propios de esta naturaleza misma? Voi á explicarme. En primer lugar, como lo enseña el apóstol Santiago, (I, 17.) “todo don perfecto viene de Dios,” y en consecuencia reconocen al mismo principio los dones de la naturaleza y los dones de la gracia: cuando digo, pues, que perdió el hombre los primeros á causa de su desobediencia, me refiero

á ellos en su perfeccion primitiva, en aquella hermosura y pureza con que se les comunicó Dios al primer hombre, y no hablo en un sentido absoluto; porque subsistiendo la naturaleza humana, claro es que subsisten sus cualidades propias y sus atributos esenciales ó constitutivos: me refiero pues á lo que podia subsistir ó desaparecer sin perjuicio de la sustancia misma; y por tanto, cuando hablé de los dones naturales en los dos tiempos ya dichos, me contraje únicamente al estado de la humanidad, manifestando cómo se hallaban los dones de la naturaleza en su estado primitivo y en el de pecado. Así, por ejemplo, un padre de familia le da un rico vestido á un hijo suyo, cuidando de que todo él esté primorosamente acabado. Mas el jóven, no sabiendo estimar el mérito de la dádiva, cuida poco de su vestido, le arroja donde quiera, se sienta con él en el lodo, &c. ¿No es cierto que el vestido es el mismo? Sí: el mismo género, las mismas medidas, la misma hechura, el mismo objeto. Pero siendo él mismo, ¿está lo mismo? No. Ved pues aquí cómo una cosa es el ser y otra el estado; y cómo la naturaleza humana, sin embargo de haber sido siempre la misma por sus principios constitutivos, no ha sido siempre lo mismo por razón de su estado, y cómo los mismos dones naturales sufrieron una grave lesion y entraron en decadencia por causa de la culpa, como el rico vestido del jóven por su descuido y abandono.

29. En el orden de la naturaleza encontramos en primer lugar al cuerpo humano con sus mismos principios constitutivos como cuando salió de la mano de Dios; pero no en su mismo estado de perfeccion. Este cuerpo no estaba destinado para enfermarse, y hoy se enferma; no habia de debilitarse ó entorpecerse, y ahora se debilita y entorpece; no habia de envejecer, y ahora envejece; no habia de padecer el dolor, y ahora le sufre; no habia de morir, y ahora muere.

30. Lo segundo que hallamos en la constitucion humana es el espíritu; pero ¡qué diverso es de aquella hermosura y perfeccion primitivas su estado y condicion presente! Antes dominaba sin obstáculo al cuerpo; hoy se fatiga infinito por sujetarle, y de ordinario viene á ser su víctima: ántes los sentidos estaban sujetos á la razon; hoy de continuo se rebelan en su contra, descargando sobre ella todo el ímpetu de las pasiones: ántes habia un maravilloso concierto entre las facultades físicas, intelectuales y morales del hombre, que ponía en la mas feliz correspondencia el orden físico y el orden moral; hoy todo es trastorno, todo guerra, todo presenta caminando juntas la perversidad humana que provoca la ira de Dios, y la Justicia Divina que castiga los crímenes del hombre.

31. Ved, pues, amados hijos, en qué consiste la pérdida de los dones naturales, y cómo ella se refiere, no á los atributos constitutivos del hombre; sino á la integridad que tenia su naturaleza bajo el influjo de la gracia mientras el hombre permaneció fiel á su Dios; cómo, sin dejar de haber entendimiento, vinieron la ignorancia para degradarle, la impostura para seducirle, y el error para desnaturalizarle; cómo, sin dejar de haber voluntad, dejó ésta de ser fiel á la razon, é inclinándose á los sentidos, quedó envuelta en el torbellino de las pasiones y hundida en el fango de los vicios, y cómo en consecuencia de esto, debemos reconocer y confesar que la ignorancia, el error, la mentira, el desorden producido por las pasiones, los vicios con toda su fealdad, los crímenes con todos

sus desastres; los achaques del cuerpo en su decadencia, en sus dolores, enfermedades y muerte; en fin, que la degradación absoluta de la naturaleza humana reconoce por su primer origen y causa eficiente al pecado original.

32. La tercera consecuencia que de éste ha venido mira, hijos míos, á la pérdida de la gracia con todos sus dones; lo cual explica la impotencia absoluta de la humanidad para reconciliarse con Dios y ser salva, si Dios, conolido de tan triste suerte, no hubiese querido remediar tanto mal.

33. No quiero hablar aquí de aquellos altos privilegios perdidos para siempre, que disfrutaba el hombre por dispensación extraordinaria de su Criador: de aquella ciencia infusa, mayor que toda la ciencia adquirida; de aquella facilidad portentosa de virtud, que la producía y conservaba sin esfuerzo ninguno; de aquel arraigo feliz de inclinaciones, que no se habían levantado á perturbar la paz del alma; bienes preciosos que no han vuelto ni volverán jamás; pues á pesar de haber sido nuestra naturaleza regenerada por Jesucristo y restituida á la vida de la gracia, no por esto se ha reconquistado la ciencia infusa ni ha desaparecido esa lucha interior entre el espíritu y la carne. Ha blo, hijos míos, de un punto nada más: de la renovación de la alianza entre Dios y el hombre, del retorno del hombre á la gracia de su Criador, de su rehabilitación para el cielo: hablo del recobro de la justicia, de la santidad, de la esperanza. Pues bien, hijos míos, contrayéndome á esto, digo que la humanidad era de todo punto impotente para lograr tan inapreciables bienes.

34. Es doctrina de fe que el pecado produjo un mal infinito; que este mal alteró infinitamente las relaciones entre Dios y los hombres; que esta alteración condenó á los segundos á ser infinita y eternamente desgraciados. El mal del pecado, hijos míos, es el rompimiento con Dios, y en consecuencia es un mal infinito; porque Dios, de quien nos aparta el pecado y á quien ofende el pecado, es un Ser infinito. Imaginad ahora esta distancia inmensa, esta separación absoluta entre Dios y el hombre, y decidme si es posible concebir en toda la humanidad algún recurso, algún medio para destruir este mal: si él es una consecuencia precisa del pecado, y sigue al pecado, y está donde está el pecado, y permanece mientras subsiste el pecado, clarísimo es que, para suponer posible una vuelta de la humanidad hacia Dios, deberíamos suponer una de dos cosas, ambas imposibles: ó que la humanidad estando en pecado no hubiese pecado; ó fuese capaz de dejar de haber estado en pecado, después de haber ofendido á Dios: cosas tan imposibles que casi ni expresarse pueden. ¿Cómo podría la humanidad destruir su pecado? Si este consiste en haber ofendido á Dios, ¿cómo podría ella, después de cometerle, dejar de haber ofendido á Dios? ¿Qué fuerza ó poder tendría en sí misma para destruir esta ofensa? La ofensa, hijos míos, no se destruye jamás: ó se perdona ó se castiga; pero ni el perdonar ni el castigar es destruir el hecho. Ahora os pregunto: ¿el que ofende puede perdonar nunca? No; puede ser perdonado; pero perdonar, imposible; luego el perdon del pecado no podía salir del fondo de la humanidad. ¿Hablaré del castigo? Yo bien sé que muy bien pudiera la humanidad castigarse á sí misma en consideración de su culpa; mas nunca podré concebir que pudiera ella, por mucho que se castigase, destruir su pecado, acabar con la ofensa ó neutralizar sus efectos. ¿Por

qué porque esto depende, no del delincente, sino del ofendido; no del súbdito, sino del Soberano; no del reo, sino del Juez. Luego un castigo provechoso, un castigo satisfactorio, un castigo que restituyese la gracia uniendo de nuevo al hombre con Dios, no podía ciertamente salir del fondo de la humanidad. Luego el tercer efecto del pecado, hijos míos, es la imposibilidad absoluta del hombre para reconciliarse con Dios, y por tanto, que solo Dios, por un impulso de su misericordia, podía salvar al hombre. La última consecuencia rectamente inferida de toda la doctrina expuesta es por lo mismo la necesidad absoluta, indispensable de un Dios Salvador, para que la humanidad no pereciese; porque solo Dios podía salvar al hombre.

35. Viniendo á este punto, el dogma de Jesucristo empieza á despedir sobre nosotros sus primeros rayos; pues precisamente por los merecimientos de Jesucristo Dios ha salvado al hombre. Podía muy bien haber perdonado sin el sacrificio de nadie; mas no quiso ejercer su misericordia sin dejar satisfecha cumplidamente su justicia: quiso perdonar al mundo; mas exigió una satisfacción plena cual demandaba la culpa en su infinitud objetiva, en toda su intensidad: es decir, hijos míos, para perdonar á la humanidad, exigió de ella un sacrificio de infinito precio, una víctima pura, santa, inmaculada, y cuyo merecimiento pudiera ser infinito. ¿Podría salir una víctima semejante de la humanidad? No, hijos míos: porque estando ella contaminada, era incapaz de dar nada puro; estando ella envuelta en el crimen, era incapaz de dar nada santo; estando ella toda cubierta de la lepra de los vicios, era incapaz de producir nada inmaculado; y siendo sobre todo limitada y finita, era incapaz de un merecimiento infinito. La víctima que se necesitaba no podía por lo mismo salir de la sola humanidad. ¿Podría salir, amados hijos, de la Divinidad sola? Tampoco; pues la Divinidad, como tal, no puede ser víctima, porque es impasible. Si pues la víctima que Dios exige para perdonar al mundo, no puede salir ni de la sola humanidad ni de la sola Divinidad, se necesitaba una persona que fuese al mismo tiempo Dios y hombre. He aquí á Jesucristo, Señor nuestro, verdadero Dios y verdadero hombre, como ya os lo tengo explicado en la primera parte de mi tercera instrucción preliminar y en toda la decimasexta. El es verdadero Dios, por ser el Unigénito del Padre, la segunda Persona de la Trinidad Augusta; y es verdadero Hombre, porque encarnó en el Vientro virginal de Nuestra Señora la Virgen María, para poder morir por los hombres y ofrecer al Padre con su sacrificio una víctima pura, santa, inmaculada, capaz de pagar la infinita deuda de la culpa y adquirir un merecimiento infinito para la humanidad delincente. Por esto nuestro manual catecismo, después de la pregunta que se refiere á la creación, hace otra que mira precisamente á la redención del mundo, y enuncia en pocas palabras este dogma de consuelo y de esperanza. *¿Cómo es Dios Salvador?—Porque da la gracia y perdona los pecados.* Ved aquí en resumen la impotencia de la humanidad para salvarse, cómo su salvación requería que Dios la perdonara sus pecados, y cómo esta obra, toda de gracia, misericordia y salud, nos conduce á reconocer, no solo á Dios Creador porque lo hizo todo de nada, sino también á Dios Salvador, porque da la gracia y perdona los pecados. Veis asimismo cómo la concesión de este supremo bien la hizo el Señor de manera que quedase al mismo tiempo satisfecha su justicia, y en consecuencia, que si perdonó á los

hombres y les abrió de nuevo las puertas de su gloria, fué solo por los merecimientos de Jesucristo vida nuestra: veis por último cómo un Dios Salvador nos conduce á reconocer, por lei de forzosa consecuencia, á un Dios Glorificador: porque si perderse vale tanto como quedar privado de la caridad, de la gracia; y de la gloria; salvarse vale tanto como volver á la vida de la caridad, perseverar en la gracia y adquirir la felicidad eterna. Por esto nuestro manual catecismo, preguntando: *¿cómo es Dios Glorificador?* responde: *Porque da la gloria á quien persevera en su gracia.*

36. No me detendré, hijos míos, en explicar estas ideas, porque ya no es necesario despues de haberos explicado la sublime dignidad del carácter del cristiano por la que hai en Jesucristo como Dios y Hombre verdadero, despues de haberos probado cómo él es el Mesías prometido en la Lei y en los Profetas, y por último, cuando ya os hablé tambien en la tercera parte de mi novena instruccion acerca de la gracia, cuyos bienes consisten, como nuestro catecismo enseña, en *el poder y querer hacer obras ante Dios satisfactorias y meritorias*, y cuya adquisición é incremento se alcanza con *oraciones, sacramentos y ejercicios de virtudes.*

37. ¡Cuán grande es nuestra dicha con llevar este sagrado nombre que á la faz del mundo nos presenta revestidos del carácter de cristianos, discípulos de Cristo, súbditos de su reino, soldados de su milicia santa, poseedores de sus merecimientos y coherederos suyos de la gloria! ¡Ah! el corazón se rinde bajo el suavísimo peso del amor, é inclina todo ante esa Cruz de madera, figura de Cristo crucificado, y perdurable monumento de nuestra felicidad. El alma se explaya delante de esa historia de la bondad y misericordia divina para con los hombres, y se abandona tranquila en aquellos brazos extendidos para abarcar á toda la humanidad. ¡Cuántos sentimientos, hijos míos, han debido excitar en vosotros estos recuerdos sublimes, esas gracias inefables liberalmente otorgadas por el Altísimo al hombre inocente y puro: este hombre mismo precipitado por su crimen desde las cumbres de la felicidad hasta los mas profundos abismos de la desgracia: ese torrente de iniquidad, que engrosando mas y mas á medida que pasaban los siglos, traia envuelta en sus espesas é inmundísimas ondas á todos los descendientes de Adán, arrastrándoles irresistiblemente hácia el fatal golfo, como ponderaba San Agustín; y por último, Dios, dejando caer una mirada de misericordia sobre esta humanidad delincuente y desgraciada, y enviándole á su Hijo Unigénito para que la redimiese y salvase...! ¡Cuántos sentimientos, vuelvo á decir, cuántos motivos de gratitud y de amor! ¡qué nobles y fuertes estímulos para vivir siempre unidos con nuestro Salvador, vivir de su espíritu, imitarle y acompañarle por fin en sus padecimientos, portando su Cruz, para ser glorificados con él por los siglos de los siglos!

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA.

DECIMACUARTA INSTRUCCION.

SOBRE LAS PROMESAS, FIGURAS Y ANUNCIOS DEL REDENTOR.

Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius: ipsa conteret caput tuum.

Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu raza y la suya: ella quebrantará tu cabeza.—*Genes. Cap. III, v. 13.*

1. ANTES de haber pronunciado el Señor, hijos míos, su sentencia contra nuestros primeros padres, maldijo á la serpiente, y el principal castigo que la impuso fué sin duda el anunciarla que, no obstante sus malvados intentos y á pesar de haber conseguido arrebatarle al hombre su primera dicha, no por esto ejercería sobre él aquel dominio infernal con que ya se recreaba; sino ántes bien, que sería solemnemente vencida y soberanamente conculcada por una progenie predilecta que descendería de la misma mujer, de aquella Eva que acababa de ser su primera víctima. “Por cuanto hiciste esto, la” dijo, maldita eres entre todos los animales y bestias de la tierra: andarás arrastrando “sobre tu pecho, y tierra comerás todos los dias de tu vida. Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya: ella quebrantará tu cabeza, y tú andarás acechando á su calcañar.”

2. Esta sentencia terrible, arrebatando al demonio su triunfo, anticipó el consuelo á nuestros primeros padres, dándoles motivo de esperar que serian juzgados ellos con juicio de misericordia, como en efecto sucedió. Todos los castigos que impuso Dios al